Peanut Jones y la Ciudad Ilustrada



LA AVENTURA MÁS MÁGICA DEL MULTIPREMIADO

ROB BIDDULPH

Peanut Jones y la Ciudad Ilustrada

Escrito e ilustrado por

ROB BIDDULPH



ANAYA



Título original: *Peanut Jones and the Illustrated City*

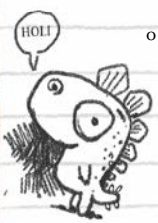
1.ª edición digital: 2021

© Del texto y las ilustraciones: Rob Biddulph, 2021
Publicado por primera vez en 2021 por Macmillan Children's Books,
un sello de Pan Macmillan
© De la traducción: Mercedes Vaquero Granados, 2021
© Grupo Anaya, S. A., 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

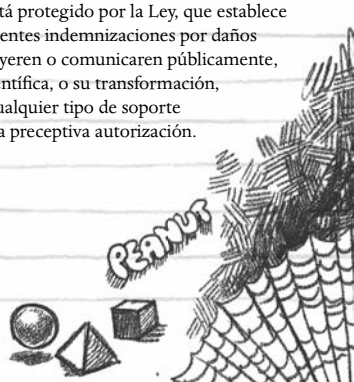
ISBN: 978-84-698-8971-8
Versión electrónica de la 1.ª edición impresa

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.









Para Jodie,
que hizo que sucediera todo



Prólogo

El mundo, como una página totalmente nueva, era blanco. Un vasto lienzo de cielo se cernía sobre el paisaje nevado, decorado con unas cuantas nubes de pálidas pinceladas. Todo estaba en calma.

De repente, movimiento. Una forma pequeña y oscura trazaba una línea recta a través del valle. Era una especie de animal, o al menos el esbozo de uno. Un garabato de pelo con patas y cola. Un perro, tal vez. Lo que quiera que fuese, se movía con un claro propósito: escapar de lo que lo perseguía.

Tenía las orejas puntiagudas pegadas a la cabeza mientras corría hacia un pequeño grupo de árboles cerca de un poste indicador. Cada diez zancadas más o menos miraba hacia atrás por encima del hombro con ojos medrosos y oscuros como de tinta. El tiempo parecía ralentizarse a medida que la distancia

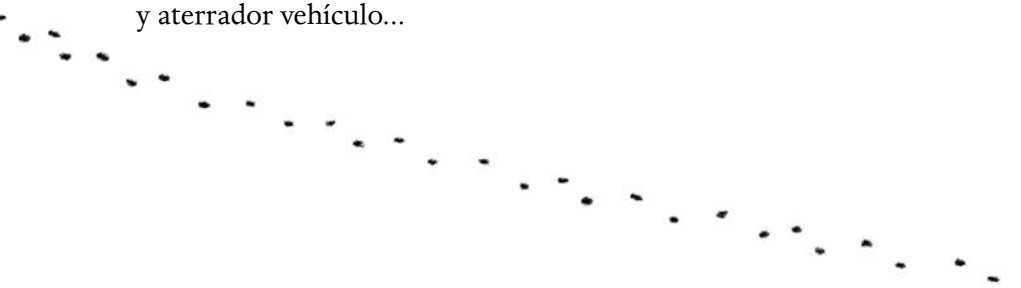
entre el perro y los árboles se reducía. Cien metros. Cincuenta metros. Diez metros. Entonces... voló hacia el bosquecillo de grafito como una bala.

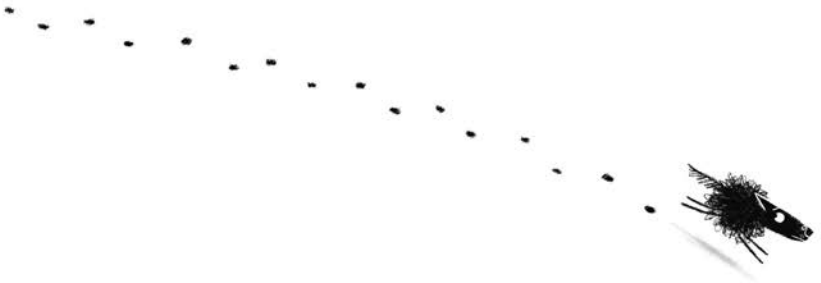
Diez segundos de silencio.

Luego llegó el sonido.

Lo sentiste antes de oírlo: una leve sensación de revoloteo en la boca del estómago, seguida de un zumbido suave y profundo. Poco a poco, se hizo más fuerte. Y más fuerte. Y más fuerte. Al cabo de un minuto, todo el valle brilló cuando mil millones de copos de nieve comenzaron a vibrar con el zumbido.

Entonces apareció en el horizonte el enorme, monstruoso y aterrador vehículo...





Parte 1

... en la que Peanut aprende algunas verdades sorprendentes







1 Castigada

«No debo dibujar unicornios vampiro escupiendo fuego en mi cuaderno de ejercicios de física».

Peanut Jones había escrito esa misma frase 496 veces. Había tardado casi dos horas y le había dejado un enorme bulto en el dedo corazón de la mano izquierda. Era la única persona que quedaba en todo el colegio, aparte de su profesor, el señor Dawkins. Levantó el brazo.

—Señor, he terminado.

Dawkins levantó la vista de su crucigrama. Migajas de patatas fritas de sal y vinagre decoraban su barba negra.

—Eso ya lo veremos, Pernilla —dijo el profesor con desdén. Se acercó a la mesa de la niña y empezó a hojear la gran pila de papeles que tenía delante.



Peanut estaba tan enfadada que podía notar cómo se ruborizaba. Odiaba que la gente la llamara así. En su partida de nacimiento decía «Pernilla Anne Jones», pero siempre la habían llamado «Peanut», desde que nació. En realidad, desde antes de nacer. Su padre solía contarle: «Cuando tu madre estaba embarazada de dos meses, en Internet se decía que tenías el tamaño de un cacahuete. Así que empezamos a llamarte Peanut, cacahuete en inglés». Por ese nombre la conocían todos en el Melody High, su antiguo colegio, pero era demasiado esperar del profesor Aliento de Muerte Dawkins.

Agitó las hojas de papel delante de la cara de Peanut en señal de triunfo.

—Has rellenado exactamente treinta y una caras de A4. Teniendo en cuenta que en cada página se puede escribir un máximo de dieciséis líneas, un simple cálculo me dice que solo has escrito 496 de las quinientas frases que te había pedido. Es decir, el 99,2 por ciento de tu objetivo. Como sabes, esperamos que cualquier alumno que tenga la suerte de estudiar en el colegio San Hubert para los Seriamente Científicos y Terminalmente Matemáticos cumpla con todos los aspectos de todas las tareas que realice. ¡Al ciento por ciento! En este caso, está claro que te falta un 0,8 por ciento para alcanzar ese objetivo. —Una sonrisa de suficiencia comenzaba a asomar en algún lugar detrás de su barba llena de patatas fritas—. Como castigo por tratar de salirte con la tuya haciendo menos trabajo, no solo lo terminarás en su totalidad, sino que escribirás la frase cien veces más. Eso me dará tiempo suficiente para terminar mi crucigrama, comerme este huevo a la escocesa y llegar a casa a tiempo para ver en la televisión *Desafío Universitario*.

—Pero, señor...

—Ni peros ni peras, Jones. Hazlo y ya está. No sé qué tipo de ñoñerías toleraban en tu anterior colegio, pero debes comprender que la precisión es importante. La frívola creatividad no tiene cabida en el San Hubert. En absoluto.

2

Rockwell Riley



Mientras Peanut atravesaba fatigosamente las puertas del colegio, vio a un chico alto y espigado con una perfecta esfera de pelo negro que explosionaba de la parte superior de la cabeza y que la esperaba en la parada del autobús. En cuanto la vio, Rockwell Riley sonrió, se levantó y le lanzó una manzana.

—He pensado que querrías picar algo.

—Gracias —resopló—, pero no hacía falta que te quedaras.



—No pasa nada. He estado repasando química mientras esperaba. La estructura atómica es superinteresante, ¿no te parece? ¿Sabías que cuando el sodio reacciona con elementos no metálicos, como el cloro, pierde por completo su electrón externo? Toda la capa que lo rodea desaparece, sin dejar absolutamente nada. Nada de nada. ¡Flipa!



Peanut lo miró con cara de no entender una palabra.

—No sé de qué narices hablas —se lamentó.

—Sí, claro —dijo Rockwell, sonriendo—. A mí no me engañas. Te gusta ocultarlo, pero creo que eres más inteligente que todos nosotros juntos. ¿Es por eso por lo que no te gusta lo del compañero de estudio? ¿Por si se te escapa sin querer lo ultrainteligente que eres?

Peanut suspiró. El programa de compañeros de estudio del San Hubert estaba pensado para ayudar a los nuevos alumnos a instalarse en la escuela. Se suponía que los compañeros se reunían durante una hora al día para discutir cualquier problema que el nuevo estudiante pudiera tener, pero desde que la habían emparejado con Rockwell en su primer día, dos meses atrás, este se había convertido en su sombra. Aun así, Peanut siempre intentaba saltarse la sesión. Sospechaba que le habían asignado a Rockwell por el bien de ambos porque, por lo que había podido comprobar, no tenía ningún amigo en el colegio. No estaba segura de por qué, ya que parecía bastante agradable. Si Peanut hubiera estado buscando un nuevo amigo, podría haberle ido mucho peor.

Pero ese no era el caso. No tenía ninguna intención de acostumbrarse al San Hubert, con o sin compañero de estudio, porque, en lo que a ella concernía, no iba a pasar mucho tiempo allí.

—Escucha, te has vuelto a perder nuestra reunión de hoy. Si la hora de comer es un problema, ¿por qué no quedamos

por la mañana, antes de la escuela? —propuso Rockwell, con los ojos llenos de esperanza—. ¿Qué tal mañana? No queremos meternos en líos por saltárnosla otra vez, ¿verdad?

Otro suspiro. Peanut cedió sabiendo que no se rendiría hasta que ella aceptara reunirse con él.

—Vale, está bien. Si hay que hacerlo...

—¿De verdad? ¡Genial! —Rockwell se sonrojó de alegría.

—Te pico a eso de las ocho, ¿de acuerdo? Melody Road, ¿no es así?

—¡Sí! —exclamó Peanut, en voz alta—. El número ochenta.



Nerys y el gran coche

Mientras Peanut mordía la manzana, un enorme coche plateado con las ventanillas tintadas giró en la carretera y se dirigió a toda velocidad hacia ellos.

Peanut y Rockwell se cuadraron por instinto cuando el vehículo se detuvo. La ventanilla trasera se deslizó hacia abajo para mostrar un rostro que Peanut conocía bien.

—Hola, preciosa.

Peanut sonrió. Era Nerys, la asistente personal de su madre en la empresa de contabilidad. A Peanut le caía bien. Era la única en el trabajo de su madre que le hablaba como a una persona normal y no como a un bebé.

Peanut no tenía ni idea de la edad de Nerys. Su pelo era del tipo de color lila que sitúa a una persona de inmediato en

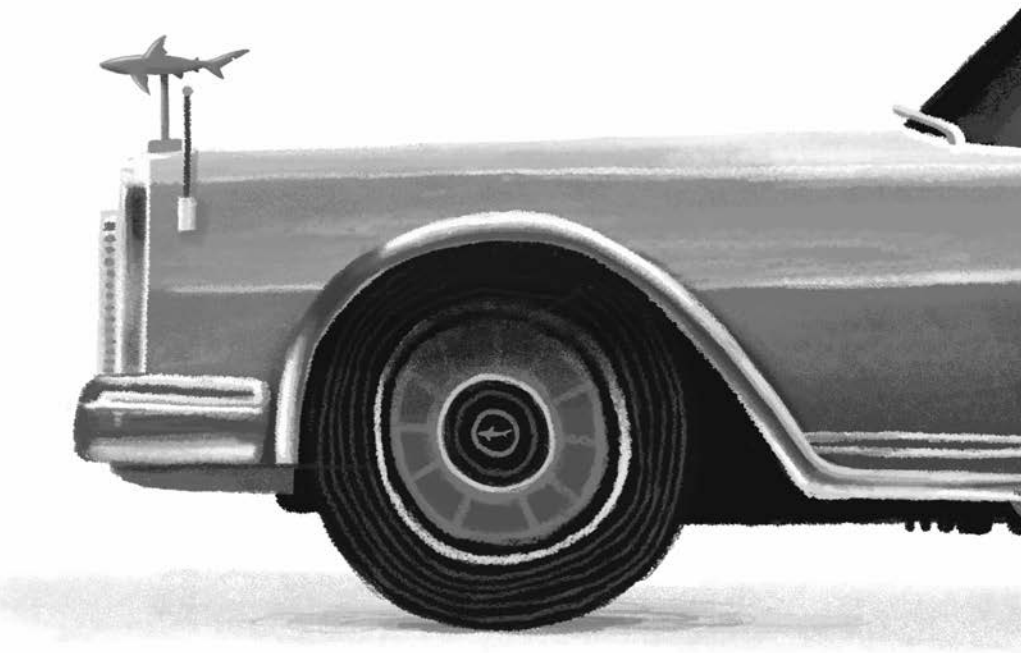
la franja de los setenta y tantos, pero tenía poquísimas arrugas en el rostro, a excepción de unos pequeños pliegues en el rabillo de los ojos. Arrugas de la sonrisa. Nerys sonreía mucho.

—Tu madre me ha enviado a buscarte. Ha recibido un mensaje del colegio diciendo que te habían castigado, así que aquí estoy. No sé, esos profesores siempre se quejan por algo, ¿no? —Nerys abrió la puerta del coche—. Ahora bien, cariño, me muero por tomar una taza de té. Así que date prisa, sube y volvamos a la oficina antes de que puedas decir esternocleomastoideo.

Los ojos claros de Nerys dirigieron rápidamente su atención a Rockwell.

—¿Llevamos a tu amiguito a algún sitio?

—Oh-oh —balbució Rockwell—. Gr-gr-gracias, no gracias, señora. Eh, señora. Eh, s-su alteza. Tengo mi *skate*. Nos



vemos mañana, Peanut. —Y con eso se puso en marcha y desapareció por la calle.

—Parece simpático —opinó Nerys, mientras Peanut subía al coche—. Me alegro de que por fin hagas amigos en el San Hubert.

—Rockwell no es mi amigo. Solo es amable conmigo porque en el colegio le han dicho que lo sea y no quiere meterse en problemas. De todos modos, no quiero hacer amigos en el San Hubert. —Los ojos de Peanut se llenaron de lágrimas—. La palabra «amigos» implica que me lo estoy pasando bien y que no me importa quedarme. Y ya te digo yo que no me pien-



so quedar. —Miró por la ventana—. De todos modos, no importa. Papá regresará pronto a casa. Solucionará las cosas con mamá y podré volver con mis viejos amigos del Melody High.

Nerys frunció el ceño.

—Cielo, no olvides que tu madre solo te envió al San Hubert porque cree que es lo mejor para ti. Te quiere, ya lo sabes. No te des por vencida en este colegio, cariño. Las cosas siempre pueden cambiar. —Se volvió hacia el hombre del asiento delantero—: Conduce, Hammond...

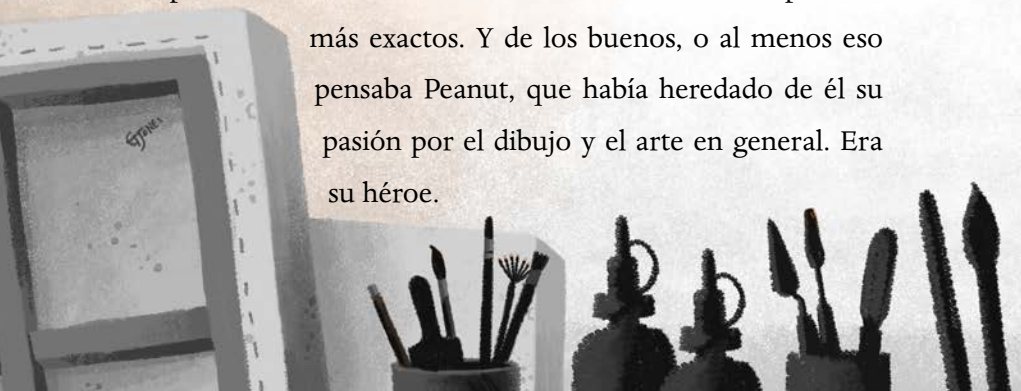




4

Pósits del almuerzo

Peanut le resultaba difícil expresar con palabras lo mucho que echaba de menos a su padre. Hacía un año que había desaparecido y no pasaba un minuto sin que deseara con todas sus fuerzas que entrara en la habitación, la cogiera en brazos y le diera uno de sus famosos abrazos de oso. Siempre que oía sonar el teléfono o veía abrirse una puerta, esperaba en cierto modo que fuera él. Cada vez que no lo era, sentía de nuevo el dolor de su ausencia. El padre de Peanut era un artista, como ella. Pintor, para ser más exactos. Y de los buenos, o al menos eso pensaba Peanut, que había heredado de él su pasión por el dibujo y el arte en general. Era su héroe.



Le encantaba pasar el rato en la pequeña y luminosa terraza acristalada de la parte trasera de la casa que su padre utilizaba como estudio. Era un caos, pero siempre estaba llena de increíbles objetos: tubos de pintura medio vacíos, tazas viejas llenas de pinceles, muestrarios de colores pegados a las paredes, muñecos de madera en diferentes poses y caballetes de todos los tamaños imaginables. Pero lo mejor de todo eran los cuadros, diseminados por todo el estudio.

Algunos estaban terminados, otros a medio pintar y otros parecían acabados pero habían sido descartados en el último momento. A Peanut le encantaban todos, aunque sus favoritos eran los lienzos vacíos. Cuadros por pintar. Había algo mágico en ellos. Cada vez que veía esa extensión de blanco puro, sabía que su padre pronto la convertiría en algo más. Algo nuevo. Se sentía muy afortunada de tener un padre capaz de conjurar la belleza de la nada.



Y luego estaban los pósits.

De pequeña, la idea de dejar la guardería y empezar el colegio había puesto a Peanut muy nerviosa. Solo se quedaba por las mañanas en la primera, mientras que tendría que pasar el día entero en la escuela. Estaba aterrada. Sabía que iba echar de menos las divertidas tardes que su padre y ella pasaban juntos, y se había pasado una semana llorando ante los preparativos. Sus padres se habían preocupado mucho.

—Tengo una idea —dijo mamá el día antes de que Peanut empezara—. ¿Y si todos los días papá te hace un dibujito en un pósit y lo pegamos en tu fiambrera? Así tendrás algo que esperar a lo largo de toda la mañana y algo de lo que reírte por la tarde. Creo que te puede ayudar.

Y así comenzó la colección de pósits del almuerzo de Peanut. Cada día, su padre le hacía un dibujo en un cuadradito de papel amarillo y lo escondía entre los sándwiches, los yogures y las barritas de fruta. Qué ganas tenía siempre de ver qué le tocaba. Hacía dibujos de sus personajes favoritos de libros, programas de televisión y películas, retratos de miembros de la familia, versiones en miniatura de cuadros famosos y muchas



cosas más. Todo lo que se le ocurría a papá. Y cada uno de ellos contenía las palabras «Te quiero infinito X» escondidas en algún lugar del dibujo.

Su padre no se había saltado ni un solo día durante toda la escuela primaria y el comienzo de su etapa en el instituto Melody High, y Peanut atesoraba cada nota. Se las llevaba con mucho cuidado a casa por la tarde y las metía en una bolsa de plástico debajo de la cama. El año anterior, su padre le había fabricado una caja de madera especial para guardarlas y «mantenerlas a salvo».

—¿Por qué «Grafito»? —había preguntado, leyendo la inscripción de la caja.



—Bueno —respondió él—, «lápiz» viene de *lapis,* que en latín quiere decir piedra. Se llama así precisamente por el grafito, la piedra negra que pinta. Me pareció apropiado teniendo en cuenta que un pincel y un lápiz es lo que suelo utilizar cuando los dibujo para ti.

Peanut todavía tenía la caja, llena hasta los topes con más de dos mil dibujos. Por supuesto, no había habido ningún nuevo pósit desde que su padre se había marchado. De hecho, el recordatorio diario de su ausencia que recibía cuando abría la fiambrera y no encontraba ningún dibujo en su interior era como una puñalada en el corazón. La hora de la comida había pasado de ser el mejor momento del día a ser el peor. Todos los días se hacía la misma pregunta: «¿Dónde está?».





La desaparición

Fue muy desconcertante que papá se fuera. Peanut, su madre, su hermano y su hermana habían ido a visitar a la tía Jean. Papá había decidido quedarse en casa y terminar un cuadro especialmente complicado de un perro salchicha tocando el violín.

—Id sin mí —había dicho—. No tengo ganas de que me expliquen qué ha hecho el perro de la hermana del fontanero del jefe del hermano de Jean, Jackie, en el parque. Ya me contaréis los detalles cuando volváis a casa.

Sin embargo, cuando regresaron, solo encontraron una nota en la mesa del comedor.

Enseguida, Leo, el hermano mayor de Peanut, trató de llamarlo, pero cuando marcó al teléfono de papá, mamá lo



encontró vibrando en el pasillo. Mamá contactó entonces con todas las personas que se le ocurrieron: los amigos de papá, la abuela, el tío Ed; pero nadie había visto ni oído nada de papá. Todos estuvieron de acuerdo en que aquello era impropio de él, y nadie había visto nada que indicara que fuera algo que había estado planeando. Aquello era muy extraño.

Peanut supo enseguida que algo no cuadraba. En primer lugar, papá parecía muy feliz cuando se habían ido esa mañana. ¡Incluso había bromeado sobre lo aburrido que sería estar en casa de la tía Jean! En segundo lugar, ¿por qué se iría para siempre sin llevarse nada con él (excepto el pasaporte, que había desaparecido)? Como mínimo, habría cogido su teléfono, su cartera y una muda de ropa. No tenía sentido.

Pero sobre todo, no creía que pudiera abandonarlos así, sin más. Sin explicar por qué. Sin despedirse. Era un padre estupendo: siempre se interesaba por lo que hacían sus hijos, siempre estaba dispuesto a hablar de cualquier problema, siempre ponía voces graciosas y contaba los chistes malos típicos de los padres. Además, en su opinión, él y mamá eran muy felices. Se cogían de la mano cuando podían y casi nunca discutían sobre a quién le tocaba sacar la basura, a diferencia del señor y la señora Herbert de la casa de al lado.

Al principio, mamá debió de pensar lo mismo porque esa noche llamó a la policía. Peanut escuchó cómo les decía por teléfono que sí, que mi padre llevaba un par de meses comportándose de forma ligeramente extraña. Parecía preocupado por algo y había empezado a salir durante una o dos horas sin decirle a ella a dónde iba. Les contó que suponía que era porque papá llevaba mucho tiempo sin vender un cuadro y estaba algo triste por ello.

Tras un día o así de investigación, la policía comprobó con control de pasaportes que el día de su desaparición había embarcado en un vuelo a México. Los agentes le habían dicho a mamá que, en su opinión, no había sospechas de que se hubiera cometido algún acto criminal, y que parecía un simple caso de alguien que huía de sus responsabilidades. Habían asegurado que papá se pondría en contacto con ellos cuando estuviera preparado.

Y, al parecer, tenían razón. Dos días después, mamá recibió esta postal desde Ciudad de México.

Fue el momento en que mamá pasó de estar preocupada a estar enfadada. Superenfadada.



—¿Cómo ha podido hacernos algo así? ¡Es tan egoísta! —Sacudió la cabeza—. ¿Cómo no me di cuenta de que algo iba mal? Sé que he estado trabajando mucho últimamente, pero aun así...

Peanut no se lo tragaba. Estaba segura de que allí había gato encerrado. Para empezar, ¿por qué iba a viajar a México sin dinero? Además, era obvio que había algo raro en la letra de la postal. Papá nunca escribía en mayúsculas. ¿Acaso no era esto prueba suficiente para despertar al menos cierta sospecha? ¿Por qué la policía y, sobre todo, mamá no hacían algo más para encontrarlo?

—He aprendido muchas cosas nuevas sobre vuestro padre en las últimas cuarenta y ocho horas —había explicado mamá a Peanut y Leo, después de acostar a su hermana—. Ayer revisé el historial de navegación de su ordenador portátil y es evidente que lleva meses planeando esto. Mirad.

Les había enseñado varias páginas web con titulares del tipo *Cómo empezar una nueva vida* y *Diez señales de que ha llegado el momento de dejar a tu mujer y a tu familia*.

—¡NO! —había gritado Peanut—. Eso no es cierto. Jamás haría algo así. ¡Papá, no!

En ese momento, Leo salió de la habitación sin decir una palabra y desapareció en el piso de arriba.

—Afróntalo, Peanut —dijo mamá con tristeza—. Tu padre no es la persona que creíamos que era. Todos hemos estado viviendo una mentira durante meses, tal vez años.

—Pues yo no lo creo, y ya está —gritó Peanut llorando—. Papá nunca, NUNCA nos abandonaría. Eso es imposible, y punto. Tenemos que encontrarlo.

—Cariño, ya no sé qué pensar —había dicho mamá, acercándose a Peanut para abrazarla—. De verdad que no lo sé.



Pasaron dos meses sin noticias de papá, y cada semana los niveles de enfado e indignación de mamá subían un poco

más. Entonces, un día, decidió guardar todos los utensilios de pintura de papá en el cobertizo.

—¡Es hora de deshacerse de esta basura! —declaró—. Está claro que no va a volver. Podríamos utilizar la terraza acristalada para otra cosa.

Pasaron varios meses más antes de que mamá dejara caer la bomba.

—Peanut, he decidido sacarte del Melody High y enviarte al San Hubert.

—¿Qué? ¿Por qué? —había reclamado Peanut. Su escuela era lo único que la había distraído durante el trauma de la desaparición de su padre—. Me encanta el Melody y me va genial. Mi profesor de arte dice que empieza a verme como una auténtica promesa.

—Dibujar y pintar está muy bien, Peanut —dijo mamá—. Es un buen pasatiempo, pero no puedes pretender dedicarte profesionalmente a ello. Mira a tu padre. Toda esa creatividad lo arruinó. Le succionó toda su ambición e impulso. Al final, se quedó sin ganas. Hasta que le entraron las de largarse, claro.

—Pero mamá...

—Mira, la gente del trabajo me dice que ha oído hablar bien del departamento de matemáticas del San Hubert —replicó mamá, con determinación—. Y la facultad de ciencias es insuperable en cuanto a resultados. Ese es el campo en el que deberías concentrarte.

—¡Es injusto! Y ¿qué pasa con Leo?

—Leo tiene exámenes este año y no quiero que se descentre. Además, me preocupa menos la dirección hacia la que él se dirige. —Mamá tensó la mandíbula—. Lo siento, Peanut, ya está decidido. El San Hubert ha accedido a darte una plaza. He pagado la cuota del primer año y empezarás la semana que viene.

Así es como Peanut Jones llegó a estar sentada en la parte trasera de un coche conducido por un chófer, junto a la asistente personal de su madre, después de que la recogieran de un colegio que odia, tras cumplir un castigo por dibujar un unicornio vampiro escupiendo fuego en su cuaderno de ejercicios de física.

6

Blood, Stone & Partners

El edificio que albergaba la empresa de contabilidad de su madre siempre hacía que Peanut se sintiera pequeña. Era tan alto que parecía que fuera a caerse hacia delante y aplastarla en cualquier momento.

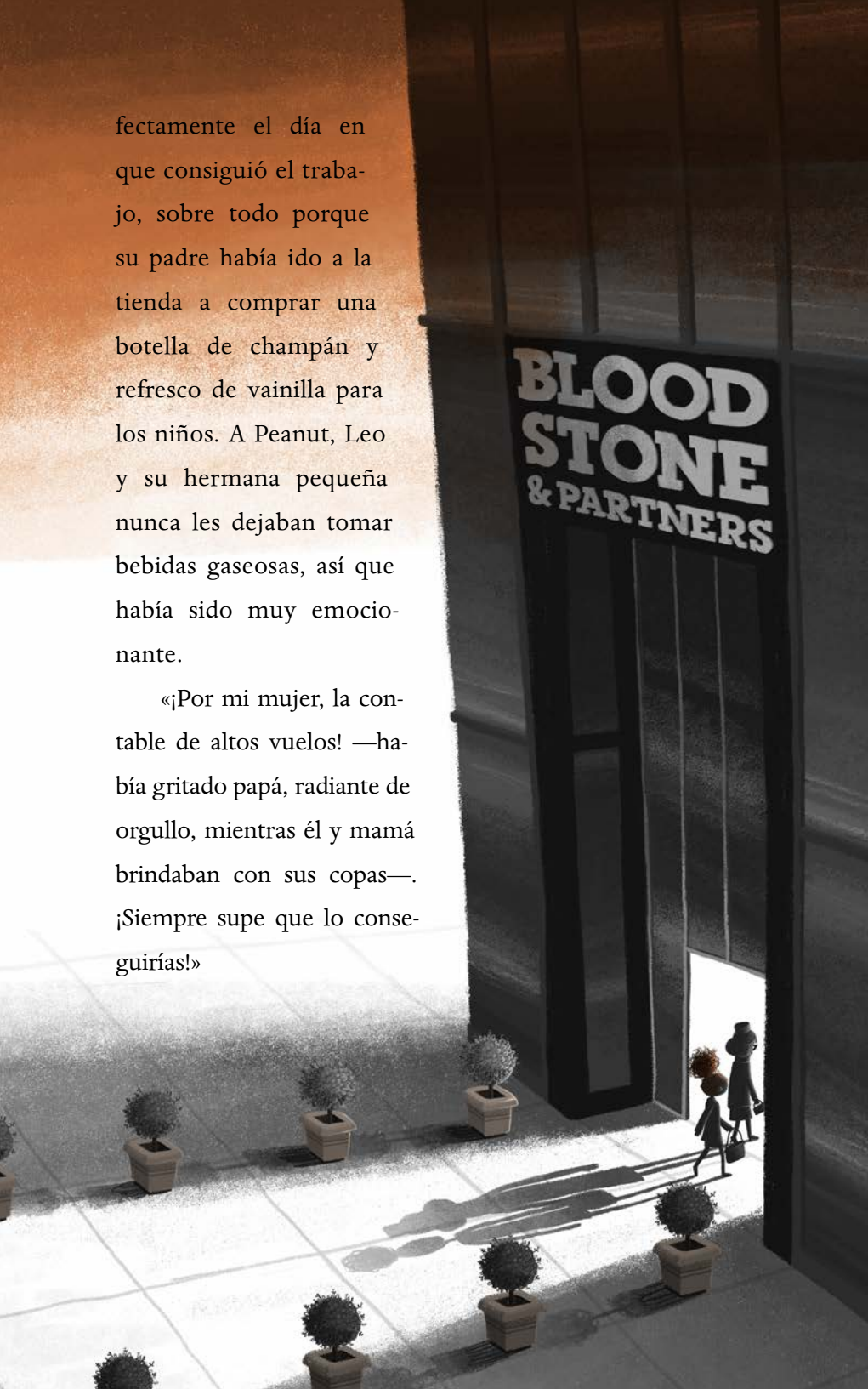
—Tu madre no tardará mucho y luego os podréis ir a casa —dijo Nerys mientras se dirigía al edificio y accionaba las puertas correderas automáticas—. Podemos subir y esperar en su despacho. Pondré agua a hervir.

La madre de Peanut llevaba algo más de tres años trabajado en Blood, Stone & Partners. Peanut recordaba per-



fectamente el día en que consiguió el trabajo, sobre todo porque su padre había ido a la tienda a comprar una botella de champán y refresco de vainilla para los niños. A Peanut, Leo y su hermana pequeña nunca les dejaban tomar bebidas gaseosas, así que había sido muy emocionante.

«¡Por mi mujer, la contable de altos vuelos! —había gritado papá, radiante de orgullo, mientras él y mamá brindaban con sus copas—. ¡Siempre supe que lo conseguirías!»



Qué día tan feliz. Parece que hubiera pasado mucho tiempo.

Peanut y Nerys salieron del ascensor y se dirigieron por el largo pasillo acristalado hacia el despacho de mamá. Peanut contó dieciséis puertas a cada lado, cada una de las cuales conducía a una habitación idéntica en forma de cubo con un escritorio idéntico, una silla idéntica y una pantalla de ordenador idéntica. Todas estaban vacías. Se preguntó cómo recordaba cada miembro del personal cuál era la suya.

Al final del pasillo había una gran puerta de madera con una placa dorada.



Nerys llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta. Peanut la siguió.

A diferencia del laberinto de cristal de fuera, el despacho de mamá tenía un aspecto muy anticuado. Para empezar, las paredes, el suelo y el techo estaban recubiertos exactamente del mismo tipo de madera; algo hacía que a Peanut le entrara modorra de inmediato, como si le dieran un gran abrazo de roble. También resultaba un poco desconcertante, ya que era bastante fácil olvidar qué era arriba y qué abajo. No ayudaba el hecho de que la habitación no tuviera ventanas. La poca luz